

"WORLD WAR II MOVIES HAVE COVERED ALMOST EVERY POSSIBLE ANGLE, AND YET 'THE LAST VERMEER' FINDS A FRESH AND FASCINATING STORY TO TELL. GUY PEARCE'S CAREER-CAPPING PERFORMANCE MAKES ART DEALER HAN VAN MEEGEREN ENDLESSLY FASCINATING."  
—Stephen Lee, THE HOLLYWOOD REPORTER



### Falsificadores, colaboracionistas y nazis en *El último Vermeer* (Dan Friedkin, USA, 2019)

Por Igor Barrenetxea Marañón  
Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Siguiendo la estela de películas como *The Monuments Men* (2014) o *La Dama de Oro* (2015), Friedkin se adentra en un tema poco conocido y de cierto interés, aunque llevado sin la debida sutileza cinematográfica.

Ambientada en Ámsterdam, recién acabada la Segunda Guerra Mundial, las nuevas autoridades aliadas buscarán encontrar y juzgar a todos los colaboradores de los nazis.

Uno de los encargados de tan ardua misión será el capitán Joseph Piller (Claes Bang), judío que estuvo luchando en la resistencia, y que además quiere recuperar las obras de arte sustraídas a las familias judías huidas o asesinadas. Los hechos, desde luego, parten de un periodo terrible, en el que el maltrato, las humillaciones públicas y, en ocasiones, juicios sumarios acabaron con la vida de muchos hombres y mujeres que colaboraron, en unas ocasiones voluntariamente, en otras porque no les quedó más remedio, contra el despreciado ocupante alemán. El problema residiría en que esa misma ira popular adquirió unas connotaciones crueles e inhumanas, muy a la par con las de aquellos que tanto odiaron.

De hecho, se escenifican dos fusilamientos públicos en la película, representando, sin duda, ese deseo de los holandeses de obtener una satisfacción por los padecimientos durante la guerra. Pero que, al mismo tiempo, representa una fría y descarnada venganza, en actos nada edificantes. Sin embargo, el filme se adentra poco a analizar y juzgar tales hechos, salvo de forma muy puntual, delegando todo el peso de la narración en el caso que le ocupa.

DOI: <https://doi.org/10.1344/fh.2022.32.2.463-466>

FILMHISTORIA Online y todo su contenido escrito está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Compartir bajo la misma licencia 4.0.

Así, Piller logra ir tras la pista de un galerista, Han van Meegeren (Guy Pearce), antiguo pintor fracasado, que sabe que ha vendido a los nazis obras valoradas en varios millones de florines, entre ellos, un Vermeer, para la colección privada de Göring. Sospecha que ese y otros cuadros los ha conseguido robándolos a familias hebreas. Su obsesión por desenmascarar a los colaboradores forma parte de la expiación de sus propios pecados, ya que su mujer fue una de esas mujeres que se avino a codearse con el ocupante por necesidad, para sobrevivir.

No obstante, la trama se ejecuta como si fuese un telefilm, descuida el



contexto, y los trazos de los dilemas éticos y personales no acaban de desarrollarse con la suficiente entidad. Y aunque durante la primera parte de la película la intención del director es la de mantener el secreto que oculta van Meegeren, desde su detención por Piller, el clima no es lo suficientemente sugerente para atrapar al espectador.

El misterio, por llamarlo de alguna manera, aún no conociendo la historia real, se intuye, y algunas secuencias, como la precipitada huida de la cárcel por parte del capitán con van Meegeren, para que no le atrapen los agentes del Ministerio de Justicia holandés, que le quieren juzgar por su parte, no acaban de hacerse creíbles. Los aspectos emocionales de los personajes principales no resultan nada atractivos. Incluso, adquiere una mayor fuerza la interpretación de Guy Pearce que la de Cales Bang, más insulso, a pesar de descansar sobre él el peso de la trama.

En todo caso, en el último tercio, cuando, finalmente, van Meegeren es sometido al proceso judicial por vender el Patrimonio cultural holandés a los nazis, la película remonta el vuelo. Los diálogos resultan más ágiles, incisivos y divertidos, con la suerte del galerista en manos del capitán, que se va a erigir en su abogado defensor, dando lugar a desvelar las técnicas y los entresijos del mundo de las falsificaciones en un marco en el que nadie creía que un artista mediocre, como había sido van Meegeren, podría emular al genio Vermeer (y otros).

A pesar de todas las pruebas y evidencias, el clima de desconfianza que prima en esa Holanda de la posguerra impide que los jueces sean

capaces de atender a la verdad, de aceptar que es mucha casualidad que justo en el periodo de la contienda se descubrieran media docena de auténticos Vermeers *desaparecidos*

Claro que cuando todo está perdido, Piller da su golpe de efecto para desvelar la verdad. No se queda ahí el tema. Van Meegeren pasaría a ser considerado de villano a héroe, porque



durante dos siglos. Pero la ceguera de hacer una justicia rápida y contundente contra los colaboracionistas se muestra inapelable.

Es muy llamativo cuando Piller y Esper (Roland Moler), su amigo y guardaespaldas, entran en el juicio, el mismo antaño héroe de la resistencia es escupido por sus convecinos y despreciado por ellos, al creer insidiosamente que se ha vendido al mejor postor (o lo que es lo mismo, que se ha visto corrompido por van Meegeren).

en el proceso, gracias a la hábil defensa de Piller, se iría ganando el favor de la opinión pública. Se acabará por sentir una enorme simpatía por el hombre que había estafado de forma tan brillante a los nazis, cobrando ingentes cantidades de florines por sus Vermeers falsos.

Pues de la misma manera que se necesitaría descargar la frustración y los traumas de la guerra en ciertos sectores de la población considerados traidores, también se necesitaban héroes para levantar la moral por lo sucedido. Pero van Meegeren no fue



ningún héroe, todo lo hizo por su propio beneficio, acumulando una considerable fortuna en un tiempo de enorme padecimiento, adquiriendo propiedades, y aprovechándose de la actitud voraz e incauta de los nazis. Es justo en estos últimos trazos donde la película ofrece algo digno de interés (a pesar de sus muchas licencias históricas), aunque no invite a llevar a cabo una reflexión honda y completa del modo en el que la guerra afectó a los holandeses, ni de la dura actitud de

sus habitantes durante la posguerra (como se ve en la magistral *El libro negro* (2006), de Paul Verhoeven). Así y todo, sí desvela como siempre hay sujetos que medran en la miseria y que se aprovechan de ciertos marcos históricos confusos para lucrarse de forma desmesurada, como fue el caso.

*El último Vermeer* es un filme que habla de hombres valientes y cobardes, justos y deshonestos, del arte y sus trampas, lástima que sea una cinta tan irregular.

T. O. *The Last Vermeer*. 2019, USA. Productoras: Imperative Entertainment y NL Film. Distribuidora: Sony Pictures Classics. Dirección: Dan Friedkin. Guion: Mark Fergus, John Orloff y Hawk Ostby. Libro: Jonathan Lopez. Música: Johan Söderqvist. Fotografía: Remi Adefarasin. Intérpretes: Claes Bang, Guy Pearce, Vicky Krieps, August Diehl, Adrian Scarborough, Roland Møller, Olivia Grant, Richard Dillane y Andrew Havill. Duración: 117 min.